

Una Navidad Reveladora



Elena Sant Jago



Capítulo 1

—¡Me encanta la Navidad!— exclamó Azucena entusiasmada, mientras ella y sus amigas se acercaban a los grandes almacenes.

—¡Y a mí!— replicó Rebeca — ¡Es la mejor época del año!

Vanesa se echó a reír y dijo:

—¡Qué entusiastas! ¡Y eso que aún falta una semana para la Navidad!

—¡Pero ya hay ambiente de fiesta!— contestó Azucena —¡Con tantas luces y escaparates decorados!

—Bueno, eso sí es verdad —respondió Vanesa —La ciudad está más bonita.

—¡Pues claro!— exclamó Rebeca —¡Y la gente más animada! ¡Fíjate qué cantidad de gente está entrando en los grandes almacenes! ¡Y eso que es domingo!

—¡Pues por eso! ¡Porque la gente tiene más tiempo para hacer las compras de Navidad!— contestó Azucena, mirando a sus amigas.

Al hacer ese gesto, se dio cuenta de que una de ellas estaba distraída mirando hacia atrás.

—¡Mar! ¿Qué haces?—le preguntó.

Ésta pareció no escucharle.

Las otras chicas miraron en la misma dirección que ella.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que miras?— preguntó Rebeca.

Pero la joven seguía sin responder.

—¡Mar!— le gritó Azucena.

Por fin la muchacha reaccionó y miró a sus amigas sorprendida.

—¿Estás sorda o qué?— le regañó Azucena, —¿Qué es lo que estás mirando?

Mar se mordió ligeramente el lado derecho del labio inferior y luego contestó, señalando con la mano hacia atrás:

—Aquel hombre sentado junto a la pared, con una manta y pidiendo limosna.

—¡Bueno!— exclamó Azucena, con fastidio — ¿Era eso? ¡Venga ya! ¡Démonos prisa, que no vamos a encontrar el vestido que quiero!

Mar continuó mirándolo pensativa y le dijo a sus amigas:

—No sé, pero...

Azucena chasqueó la lengua y respondió:

—¡Mira, si tanta pena te da, dale una limosna y vámonos ya!

—¡Pues que sepas que los que piden por la calle sacan más sueldo que tu padre!— dijo Rebeca.

—Sí es verdad. A lo tonto a lo tonto, se sacan un buen sueldo. —apoyó Vanesa.

—¡Además, a esos les gusta vivir en la calle en plan bohemio! —añadió Azucena.

Pero Mar seguía sintiendo algo extraño en su interior que le decía que se acercase a él y le ayudara, así que contestó:

—Bueno, puede que haya gente como vosotras decís, pero supongo que no todos los que piden son iguales, ¿no? Y este hombre presiento que no es así.

—¡Haz lo que quieras, pero ya! — exclamó Azucena, con impaciencia.

Mar se sacó el monedero de su bolso, cogió una moneda y se acercó hasta el hombre y se la dio.

El hombre la miró fijamente y le sonrió. Luego le cogió la mano y le dijo:

—Gracias, Nizrit.

En ese instante Mar tuvo una ráfaga de un recuerdo muy, muy lejano:

“Ella tenía apenas 10 años. Salía de la casa de su padre y afuera estaba su hermano Adiv, el cual ya había cumplido los quince. El muchacho esperaba junto a un pequeño rebaño de ovejas. Entonces su padre salió también y dijo:

—Adiv, procura que estas dos ovejas coman bien, pues ya sabes que la semana que viene voy a venderlas.

—Sí, padre. No te inquietes. —respondió el muchacho.

—Nizrit, obedece a tu hermano y no te alejes de él.

—Sí, padre. —contestó ella.

Ahí se acabó el recuerdo.

Mar se quedó muy sorprendida sin saber qué decir. El hombre la miraba sonriente y ella estaba a punto de preguntarle quién era, cuando sus amigas la llamaron metiéndole prisa, y no tuvo más remedio que dejar al hombre aquel, y marcharse con las otras chicas.

Cuando entraron en los grandes almacenes, se dirigieron a la zona de ropa.

—¿Entonces ya has visto el vestido que te vas a poner en Nochevieja?— preguntó Rebeca a Azucena.

—¡Sí!— respondió ésta —¡Lo vi ayer, y me encantó! ¡Ya veréis! ¡Esta Nochevieja pienso dar la nota!— dijo riéndose.

Pero cuando llegaron a las perchas de los vestidos de fiesta, la prenda ya no estaba.

Azucena lo buscó y rebuscó, y luego le preguntó a una de las vendedoras, pero al parecer ya se había vendido.

—¡Qué coraje! ¡Ya se lo ha llevado otra!— exclamó muy enfadada.

—¡Mirad éste!— dijo Rebeca —¡No está nada mal! ¿A que no?

—¡Seguro que si no nos hubiéramos entretenido con el mendigo, lo habría encontrado!— dijo Azucena, de mal humor, pero mirando el vestido que le mostraba Rebeca.

Sin embargo Mar no escuchó el comentario de Azucena. Ella seguía pensando en el recuerdo que había tenido y en el hombre de la calle.

Y aunque, al igual que sus amigas, estaba mirando la ropa, en realidad no la estaba viendo. Sólo pasaba las prendas de forma mecánica.

—¡Hola, chicas!— dijo, de repente, alguien por detrás de ellas.

Las cuatro se volvieron.

Era Alejandro, un compañero de la Universidad.

—¡Hola!— saludaron las cuatro.

—¿Comprando ropa?— preguntó él.

—Sí.— respondió Azucena, muy sonriente.

—Estamos buscando alguna cosilla para la fiesta de Nochevieja— dijo Rebeca, también muy alegre.

—¡Ah! ¡Ya!—asintió el joven, aguantándose la risa.

—¿Tú vas a ir a alguna fiesta?— preguntó Vanesa con timidez.

—Pues no sé, — respondió el joven — nunca he ido a ninguna de esas fiestas.

—¿No? ¡Pues no sabes lo que te pierdes!— exclamó Rebeca.

—Si te apetece, puedes ir a la que vamos a ir nosotras. — le propuso Azucena.

—Pues..., lo pensaré. — dijo el, mirando a Vanesa.

Ésta le sonrió mientras se sonrojaba un poco.

—¡Bueno, chicas,— dijo el joven —os dejo, que yo también tengo que hacer unas compras! ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego!— dijeron ellas.

Las cuatro volvieron a buscar vestidos y Azucena dijo:

—¡Si Alejandro viene con nosotras, me lo pido!

—¿Qué?— exclamó Rebeca — ¡Qué cara tienes! ¿Es que te crees que siempre vas a tener que llevarte tú siempre lo mejor?

—¿No he sido yo quien le ha invitado? ¡Pues entonces tengo más derecho que vosotras! ¡Y no hay más que hablar!— dictaminó Azucena.

Rebeca y Vanesa la miraron con el ceño fruncido y Mar pensó: “Azucena es tonta. Es tan egoísta que ni siquiera se ha dado cuenta de que a Alejandro la que le gusta es Vanesa.”.

—¡Buff! ¡No encuentro nada que me guste!— protestó Azucena —¡Tú tienes la culpa, Mar! ¡Si no te hubieras parado con ese mendigo!

Mar no respondió nada pero empezó a pensar: “No sé por qué, pero de repente todo esto me parece tan superfluo... Esta historia de comprarse el vestido más fascinante posible para ir a una fiesta de Nochevieja, me está pareciendo una tontería y un absurdo... ¿Qué hago yo aquí?”

Capítulo 2

Después de un buen rato, las chicas no habían encontrado ningún vestido que les gustara lo suficiente. Así que decidieron ir a la zona de bisutería y complementos. Pero Mar llevaba un rato pensando en buscar algún libro que hablase sobre vidas pasadas y como no tenía ganas de explicarles a las otras el porqué de esa búsqueda, les dijo:

—Chicas, mientras vosotras vais a ver bisutería, yo voy a ir a la papelería, que necesito unas cosas.

Las muchachas la miraron extrañadas.

—¡Luego vamos!— dijo Azucena.

—¡No! Yo voy más rápida. Cuando termine, voy a buscaros.

—¡Está bien! ¡Haz lo que quieras!— refunfuñó Azucena.

De esta manera, Mar se dirigió a la planta alta, en la que había una gran selección de libros.

Estaba buscando, cuando de nuevo escuchó la voz de Alejandro.

—¿Ya habéis comprado los disfraces de Nochevieja?

La joven se volvió y vio al joven sonriéndole.

Mar se rio y contestó:

—No. No hemos encontrado los disfraces apropiados.

Él se rio.

—¿Y tú?— inquirió ella —¿También has venido a comprar un libro?

—En principio he venido con Juan que quería buscar uno. Pero ya estoy echando un vistazo yo también.

Entonces la muchacha se dio cuenta de que su amigo estaba detrás de la otra estantería, mirándolos.

—¿Buscas algo en concreto?— le preguntó Alejandro a la muchacha.

—Pues... bueno, yo estaba echando un vistazo también.

—¡Ah! ¿Y las otras chicas? ¿No están contigo?

—No, ellas se han ido a otra planta.

Alejandro sonrió.

Mar volvió a mirar en dirección al otro joven, pero éste ya estaba ocupado, ojeando un libro.

— Bueno, — dijo el joven —pues voy a seguir mirando a ver si encuentro algo interesante. ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego!— respondió Mar, aliviada de poder continuar su búsqueda en soledad.

La joven continuó recorriendo el estante, pero no lograba encontrar nada relativo al tema. Concentrada en los libros, fue llegando, sin darse cuenta, hasta la siguiente estantería. Entonces se percató de que el amigo de Alejandro estaba allí leyendo un libro.

Pero de repente éste la miró y ella se quedó cortada.

Aquel joven también era un compañero de la Universidad. Sin embargo nunca había hablado con él. A pesar de ser el amigo de Alejandro, parecía muy distinto. Era un joven serio y callado. Nunca se acercó a ella, ni a sus amigas, ni a la gran mayoría de

los demás compañeros de clase. Daba la sensación de que pasaba de todos ellos. Sólo el otro joven mantenía una estrecha relación de amistad con él.

Mar pensaba que la razón era que él debía sentirse superior a todos. Pero a pesar de que le resultaba antipático, cada vez que lo veía, no podía evitar sentir una extraña curiosidad, que le impulsaba a observarlo disimuladamente.

Lo más cerca que había estado de él era justo en ese momento, y la muchacha no sabía si saludarlo o no. Pero entonces, al querer evitar mirarle a la cara, instintivamente dirigió sus ojos hacia el libro que él sostenía y entonces sintió un vuelco en el corazón. Aquel libro era sobre vidas pasadas.

El gesto de ella debió de ser tan claro, que el joven se dio cuenta y miró alternativamente al libro y a ella, y después le dijo:

—¿Buscas este libro?

Mar lo miró sorprendida por el hecho de que le hablase y contestó:

—Bueno... en realidad... buscaba algún libro que hablase del tema.

Él la observó fijamente y le preguntó:

—¿Te interesa saber sobre las vidas pasadas?

—Pues... sí. Bueno, sólo quería echar un vistazo. Nunca he leído nada sobre esto. He visto películas, pero no he leído nada serio sobre ese tema.

Él siguió mirándola detenidamente y por fin le dijo:

—Éste cuenta testimonios. Si quieres, tómalo.

—¡Oh, no! ¡No te preocupes! ¡Tú lo has visto primero! ¡Llévatelo tú!

—Yo voy a llevarme éste. — contestó el joven, enseñándole otro que sujetaba con un brazo pegado al cuerpo. —Hagamos una cosa. Llévate tú éste, y cuando lo termines, me lo pasas. Y cuando yo termine éste otro, te lo paso, si quieres.

Mar sentía una mezcla de asombro y cortedad. Pero como su interés en el libro era muy fuerte, respondió:

—De acuerdo. Trato hecho.

Él asintió y, mientras le entregaba el libro a la joven, Mar pudo vislumbrar en su mirada un cierto centelleo, y en sus labios una leve sonrisa.

Alejandro se acercó en ese momento y preguntó:

—Juan, ¿has encontrado lo que buscabas?

Éste, sin dejar de mirar a Mar, se quedó pensativo y luego respondió:

—Es posible... Quizás sí... quizás no... Necesito un poco más de tiempo para estar seguro.

—¡No pretenderás leerte todo el libro ahora, para ver si es lo que buscas o no!— exclamó Alejandro riéndose.

—¿Qué?— dijo Juan, mirándolo extrañado.

Alejandro le señaló el libro y él lo miró. Luego contestó:

—¡Ah! No, no. Me lo llevo.

—¡Estupendo!— exclamó Alejandro —Entonces, págalo ya y vámonos a la sección de informática.

— Está bien. —contestó Juan.

— ¡Bueno, pues una vez más, hasta luego!— le dijo Alejandro a la muchacha.

— ¡Hasta luego! —respondió ella.

Juan no dijo nada, sólo asintió con la cabeza y luego se marchó a la caja, acompañado de su amigo.

Mar los miró, mientras pensaba: “¡Qué extraño me parece todo esto!”.

Poco después se reunía con sus amigas y se marchaban de los grandes almacenes.

Pero cuando Mar buscó con la mirada al hombre que pedía, éste ya no estaba.

Capítulo 3

Por la noche, después de cenar, la joven se puso a leer el libro que había comprado. En algún momento de su lectura le vino el recuerdo del hombre que pedía en la calle, y el recuerdo que le había venido cuando él le cogió la mano.

“¿Por qué me llamaría Nizrit?”, se preguntó. “Pero lo más extraño de todo es que según mi recuerdo, yo me llamaba Nizrit.”

La joven intentó recordar aquellas escenas que le habían venido a la memoria.

“Ésa era yo. No tengo ninguna duda. Me acuerdo de eso tan bien como me acuerdo de tantas cosas que me han pasado siendo Mar... Pero ¿quién era ese hombre? ¿Y cómo sabía que hace mucho tiempo yo me llamaba así? ¿Y por qué recordé aquello cuando él me cogió la mano?”

Empezó a llover con fuerza y miró hacia la ventana.

Luego se levantó y se fue hacia ella, para mirar la lluvia. Mientras observaba las gotas que se veían a través de la luz de la farola, se dijo: “Supongo que estará al abrigo de la lluvia y del frío. Al menos, eso espero.”, refiriéndose al misterioso hombre.

Continuó mirando la intensidad con la que caía el agua y se quedó absorta mientras veía el caño de agua que venía desde el tejado de la iglesia situada frente a su casa.

Hubo un relámpago y pocos segundos después se escuchó un trueno.

De repente se fue la luz.

“¡Vaya!”, se dijo.

Y acto seguido escuchó a su hermana gritando desde su habitación:

—¡Se ha ido la luz!

Mar se sonrió, mientras decía para sus adentros: “¡Ya nos hemos dado cuenta!”

Como la calle también estaba a oscuras, la muchacha se retiró de la ventana y se dirigió a tinas hacia el salón. Sus padres estaban allí hablando.

—Esperemos que no dure. — dijo el padre.

—¿Tenías mucho que estudiar, Mar?— le preguntó su madre.

—No. No estaba estudiando. Sólo leía. — contestó ella.

Su hermana también entró en el salón. Así estuvieron todos charlando un rato, haciendo tiempo para que volviera la luz. Pero como ésta tardaba, decidieron acostarse.

Cuando Mar se metió en la cama, cerró los ojos e intentó dormirse. Pero le venían recuerdos del día: aquel hombre... sus amigas... los grandes almacenes... Alejandro... y Juan.

“Me pregunto qué bicho le habrá picado al “señor huraño”, pensó, refiriéndose a Juan. “No es que haya sido simpático propiamente dicho, pero al menos se ha rebajado a hablarme y además me ha ofrecido el libro... Tengo que reconocer que me ha resultado un poco raro hablar con él.”

Luego continuó pensando en los recuerdos que había tenido y poco a poco se fue durmiendo. Entonces empezaron a venirle más recuerdos:

“Caminaba a través de la sierra con su hermano y con las ovejas.

De repente su hermano la detuvo y le dijo en voz baja:

—Nizrit, no te muevas y no digas nada.

La niña obedeció a su hermano.

Entonces unos hombres que estaban escondidos detrás de una roca, salieron, y uno de ellos les preguntó:

—¿Habéis visto algún romano?

—No.— respondió Adiv.

—¿Estáis seguros?— insistió el hombre.

—Sí. No hemos visto a nadie.— contestó Adiv.

El hombre se quedó pensativo.

—¿Sois celotes?— preguntó Adiv.

El hombre lo miró y luego hizo una media sonrisa.

—Me gustaría ayudaros. — dijo Adiv —Los romanos le han hecho mucho daño a mi familia.

—Mi nombre es Needar —dijo el celote jefe —Pensábamos que una patrulla romana iba a pasar por aquí pero, o nos han informado mal, o se están retrasando mucho.

—Nosotros no hemos visto ninguna patrulla — dijo Adiv.

—Está bien. Seguid vuestro camino.

—Os repito que me gustaría ayudaros. — dijo Adiv – Tengo que encargarme del rebaño y de mi hermana, pero si puedo hacer algo, decídmelo.

—Mantén los ojos y los oídos abiertos. Si te enteras de alguna información que nos pueda ayudar, búscame en una cueva que hay detrás de “la gran roca roja”.

Adiv asintió y luego, mirando a Nizrit, le dijo:

—Vamos. Sigamos nuestro camino.

Y los dos pastores continuaron con el pequeño rebaño.”

Mar se despertó y se quedó asombrada.

“¡Esto también son recuerdos!”, se dijo. “¿Qué me está pasando? ¿Y por qué me está pasando ahora?”

Capítulo 4

Al día siguiente, cuando fue a la facultad, en el momento en que vio a lo lejos a Alejandro y a Juan, pensó: “De buena gana le preguntaba al “señor huraño” qué sabe él sobre vidas pasadas. ¡Lo que pasa es que cualquiera se acerca a él para preguntarle!”

Así que finalmente desistió en el empeño y no le dijo nada.

La mañana pasó como todas las mañanas. Y a medio día se marchó a su casa a comer.

Iba caminando pensativa por las calles habituales, cuando de repente le apeteció ir por otro camino y cogió una ruta que, aunque daba un poco más de vuelta, era menos transitada por los coches. Cuando al pasar junto a un edificio en obras, de pronto vio de nuevo al hombre del día anterior, un poco más abajo de la calle.

La muchacha se paró al verlo y se dijo: “¡Es él!”

Entonces escuchó voces que decían por encima de ella:

—¡Cuidado! ¡Cuidado!

E instantáneamente sintió que alguien la empujaba con fuerza hacia delante, de manera que la joven cayó en la acera, y el que la había empujado, casi caía encima de ella. Una milésima de segundo después, vio caer justo por detrás, un bloque de hormigón.

Mar sintió que se le sobrecogía el corazón, al comprender que aquel pesado bloque podía haber caído sobre su cabeza.

Entonces miró a la persona que le había empujado y se quedó atónita cuando vio que se trataba de Juan, “el señor huraño”.

Éste se incorporó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

La muchacha, que seguía teniendo el corazón batiéndole fuertemente, sólo acertó a decir:

—Gracias.

El joven la miró, tan serio como siempre, y le contestó:

—No tiene importancia.

—Sí la tiene — replicó ella, convencida —Me has salvado la vida.

Él siguió mirándola, pero no contestó nada.

Entonces aparecieron corriendo dos albañiles y uno de ellos le preguntó a la joven, muy nervioso:

—¿Estás bien?

—Sí. Sí. Juan me ha empujado, y gracias a eso no me ha caído encima.

—¡Uf! ¡Menos mal!— dijo el albañil —Ha sido un accidente. Inexplicablemente se rompió la cadena de la grúa y cayó al vacío. Cuando vi que estabas abajo, creí que no lo contabas. ¡Menos mal que tu novio ha sido más rápido!

Mar miró cohibida a Juan, quien a su vez la miró muy serio, y la joven empezó a decir:

—¡No, si él...!—

—Sólo ha sido suerte. — le interrumpió el joven — Cualquier otra persona en mi lugar habría hecho lo mismo. Pero aparte de eso, —continuó en un tono grave — deberíais vigilar mejor las condiciones y la seguridad de vuestro trabajo, si no queréis tener accidentes tan peligrosos.

—Sí, claro. —contestó el albañil, algo amedrentado —Pero ¿vais a poner alguna denuncia?— preguntó.

Juan miró a la joven, como esperando su respuesta.

Mar se quedó algo cortada al principio, pero luego contestó:

—No. No. Gracias a Dios no ha pasado nada. Pero él lleva razón: revisen bien todas sus herramientas y máquinas de trabajo, para que no vuelva a pasar.

—Sí, por supuesto. — contestó el albañil —En fin, gracias y perdonad por el susto.

—Está bien. No se preocupe. — respondió Mar.

Los albañiles se marcharon y Juan le dijo a la joven:

—Bueno, si estás bien y no necesitas nada más, yo también me voy.

—Sí, gracias, estoy bien y no necesito nada más. — contestó ella.

—En ese caso, adiós. — dijo él, echando a andar.

—Hasta luego. — respondió ella.

La joven se quedó mirándole mientras se iba y pensó: “¡Esto me parece cada vez más extraño! Llevamos casi tres meses asistiendo a la misma clase y nunca me ha dicho ni hola. Y de repente, ayer me ofrece un libro y hoy me salva la vida.”

Entonces se acordó del hombre que pedía, y miró en dirección a donde lo vio justo antes de que ocurriera el accidente. Pero ya no estaba.

“¡Vaya! ¡Ya he vuelto a perder la oportunidad de hablar con él!”

Así, pensando en lo ocurrido, se fue hacia su casa.

Después de comer, su madre le dijo:

—Mari Mar, he pensado hacer esta tarde unos mantecados de aceite de oliva, ¿quieres ayudarme?

—¡Claro que sí!— respondió ella, muy animada.

De esta manera, pasaron la tarde haciendo los dulces navideños.

—¡Um! ¡Nos han salido superbuenos!— exclamó Mar, cuando probó uno.

Su madre se rio y probó otro.

Entonces a la joven se le ocurrió una idea.

—Mamá, si no te importa, me voy a llevar mañana unos pocos. Quiero regalárselos a alguien.

Su madre la miró y sonrió.

—Está bien. Como quieras. — dijo —Hay muchos.

Mar sonrió y asintió.

Capítulo 5

Al día siguiente Mar se fue muy contenta a la facultad, portando una cajita llena de mantecados.

Antes de entrar a clase, divisó a lo lejos a Alejandro acompañado de Juan, como era habitual.

Entonces la joven, a pesar de que el corazón le latía fuertemente debido a la temeridad que estaba a punto de cometer, se acercó hasta ellos y sin dejar que el miedo la echase para atrás, le dijo a Juan:

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Juan la miró con su seriedad natural y Alejandro, aunque parecía sentir cierta curiosidad, contestó:

—Claro. Voy delante.

Y se marchó, dejándolos solos.

Ella, al ver el gesto grave del otro, estaba a punto de echarse atrás, pero algo en su interior le recordó que él le había salvado la vida.

El joven no decía nada, sólo esperaba, y ella, por fin, le tendió las manos con la cajita de dulces y le dijo:

—Te he traído estos dulces. Son mantecados hechos con aceite de oliva. Los hicimos ayer mi madre y yo. Quiero regalártelos, como agradecimiento por haberme salvado la vida. Ya sé que eso no se puede pagar con nada, pero es una forma de decirte gracias.

Juan la miró con un gesto de asombro y luego miró la caja y la cogió.

Mar se dio cuenta de que el joven estaba como bloqueado y no sabía qué decir, porque no hacía nada más que mirar la caja, mientras parecía estar metido en un mar de pensamientos que se debatían en su interior.

Finalmente, él volvió a mirarla a ella y le dijo:

—Bien. Gracias. Los probaré.

Mar le sonrió y le contestó:

—Espero que te gusten.

Él asintió con la cabeza y luego dijo:

—Será mejor que vayamos a clase.

—Sí, claro. — contestó ella.

Mientras iban hacia la clase, él iba silencioso y ella pensó: “No sé si le ha sentado mal. ¡Como es tan raro! ¡A lo mejor he metido la pata!”.

Pero cuando fueron a entrar, él la dejó pasar primero y le dijo:

—Gracias por los dulces.

Ella sonrió y repitió:

—Espero que te gusten.

Y el joven volvió a asentir con la cabeza, pero esta vez Mar pudo captar una sutil sonrisa y eso le hizo sentirse más animada.

La mañana pasó más o menos lenta, y a mediodía Mar se encaminó hacia su casa. Entonces decidió coger la misma ruta que el día anterior, con la esperanza de volver a encontrarse con aquel hombre misterioso.

Al pasar por la zona de la obra, en la que sucedió el percance del día anterior, volvió a ver al hombre. Rápidamente se acercó hasta él y él le sonrió y le dijo:

—Te estaba esperando.

Ella se sorprendió.

—¿Me estaba esperando? ¿Por qué? ¿Quién es usted?

—Dime, ¿has logrado recordar más cosas de aquella vida anterior?

Mar volvió a sorprenderse.

—¡O sea, que usted lo sabe!

El hombre le sonrió.

—Aún tienes que recordar muchas más cosas. — le anunció.

—¿Pero quién es usted?— preguntó Mar.

—Mi nombre es Botan.

—¡Oh!— contestó la joven, mientras pensaba. “Será un nombre extranjero.”

Botan miró hacia atrás de ella y dijo en voz alta:

—¡Juan, acércate! ¡Ven con nosotros!

Mar miró hacia atrás y vio que se trataba de su compañero de clase. Esto la sorprendió más aún. ¡Así que aquel hombre también conocía a Juan!

La muchacha volvió a mirar al hombre y éste, levantándose, le dijo:

—Sí. Juan y yo ya nos conocemos.

El joven se puso al lado de Botan y la muchacha lo miró asombrada. Entonces, él le sonrió levemente.

—Bueno chicos, — dijo Botan — ¿ya sabéis cuál es el significado de la Navidad?

—¿El significado de la Navidad?— repitió Mar, sin comprender.

Y pensó: “¿A cuento de qué viene ahora eso? ¡A ver si va a resultar que este hombre está pirado!”

Botan sonrió y dijo:

—Me gustaría que reflexionarais sobre ello, porque eso os va a ayudar más de lo que pensáis.

—Sí, bueno,— replicó Mar —pero a mí lo que me gustaría saber es qué sabe usted de las vidas pasadas.

Juan llevó una mano cerrada a su boca como para tapar una sonrisa reprimida, pero no dijo nada.

—Si no quieres, no lo hagas.— dijo Botan — Pero te aconsejo que reflexiones sobre lo que os he dicho.

—¿Sobre el significado de la Navidad?— respondió Mar, con cierta frustración —Está bien. Aunque eso no es lo que me interesa.

—Te interesará, ya lo verás— respondió Botan.

Mar se quedó callada y miró al joven. A ella le pareció que estaba muy tranquilo, pero al mismo tiempo, como si le hiciera gracia su diálogo con aquel hombre. Eso le produjo una cierta curiosidad.

—Bien, por ahora os dejo. — dijo Botan — Reflexionad sobre lo que os he dicho. Y se marchó, dejando a los dos jóvenes allí.

Entonces Mar le preguntó a Juan:

—¿Ese hombre está bien?

Juan volvió a sonreír levemente.

—¿Te parece que no lo está?— dijo.

—Pues no sé. Es un poco raro, ¿no? Porque la conversación ha sido extraña... Pero... el caso es que... — se quedó callada.

—¿Te ha ayudado a empezar a recordar una vida pasada?— le preguntó él.

Mar lo miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a mí también me ha ayudado. — contestó el joven.

Ella se quedó sin saber qué decir.

Él emitió una sutil sonrisa de nuevo, y le dijo:

—Bueno, yo también me voy. Adiós.

Y se fue, dejando a la muchacha completamente asombrada.

Capítulo 6

Después de cenar, Mar recogió la cocina, pues era el día que le tocaba a ella. Y cuando terminó, se fue al salón. Sus padres y su hermana estaban sentados alrededor de la mesa camilla, con la estufa, viendo una película. Como Mar tenía un poco de frío, se sentó con ellos.

La película trataba de una historia ambientada en los días de Navidad. Era una película norteamericana: “Estaba Santa Klaus, que al parecer existía en la realidad, pero nadie le creía. La protagonista no creía en la magia de la Navidad, porque estaba amargada por un desengaño de pequeña, pues Santa Klaus no impidió que su perrito que estaba enfermo se muriera, a pesar de que se lo escribió en una carta. Luego encontró al protagonista, con el que al principio se llevaba mal, pero poco a poco se enamoraban. Después él la invitó a su casa para la cena de Navidad, para conocer a su familia y allí todos se hicieron los regalos, incluyéndola a ella. La protagonista comprendió que en realidad aquello era una verdadera familia, y ellos le habían enseñado cuál era el espíritu de la Navidad. Finalmente, cuando ella miró por la ventana vio a Santa Klaus sonriéndole, y luego se montaba en el trineo con sus renos y salía volando, con una música verdaderamente impresionante.”

Cuando terminó la película, la madre y la hermana de Mar, estaban emocionadas. Su padre, sin embargo, se había quedado dormido en algún momento.

—¡Qué película tan romántica y emocionante!— exclamó su madre.

—¡Sí, vaya! ¡A mí me ha encantado!— dijo su hermana.

Mar pensó: “¡Para entretener, no está mal, pero el guion es el típico! ¡Y para mí, que nada de eso tiene que ver con la Navidad!”.

La madre despertó a su marido y le dijo:

—¡Te has quedado frito! ¡Anda, vamos a acostarnos ya!

—Sí, vale. — contestó él, con cara de sueño.

Y todos se fueron a sus dormitorios.

Mar se acostó recordando las palabras de Botan: “reflexionad sobre el significado de la Navidad.”

Apagó la luz de su mesilla y se puso boca arriba, pensando: “El significado de la Navidad... Está claro que ahora en estas fechas todo el mundo, o casi todo el mundo intenta ser más solidario, y ayudar a otros que tienen necesidad... Se recogen alimentos en las puertas de los supermercados, y hasta en la tele ponen programas para recolectar dinero para enviarlo a países pobres. En fin, por lo que sea, todos sienten el espíritu de la Navidad, queriendo compartir un poco con otros más desfavorecidos... Sí, seguro que es ése el significado de la Navidad. La próxima vez que vea a Botan se lo diré y a ver si de una vez me habla del tema de las vidas pasadas.”

Una vez la “tarea” hecha, se puso de lado, con la intención de dormirse.

Pero entonces le vino el recuerdo de cuando fue con sus amigas a comprarse los vestidos para la Nochevieja. Eso la hizo replantearse sus reflexiones: “El caso es... que parece que todos quieren compartir, pero al final es una pequeñísima parte de lo que tienen. Porque también están los regalos de Navidad, que cada vez son más sofisticados y caros. Y las fiestas... incluso las familiares que resultan ser unas comilonas, y muchos terminan hasta borrachos... Eso me parece que no tiene mucho que ver con la Navidad... Aunque se haga en nombre de la Navidad...”

La muchacha volvió a darse la vuelta, y se puso del otro lado.

“En realidad,” continuó pensando “¿qué es la Navidad? La Navidad es cuando nació Jesús. Él nació en un pesebre. De la forma más humilde que se puede nacer. Y se supone que lo celebramos porque es el nacimiento del niño Dios. Es bonito celebrarlo con la familia, con los amigos, pero me parece que hoy día, la mayoría de las familias han perdido el sentido de esa celebración y en realidad parece más una fiesta familiar en la que incluso se entregan regalos. ¿Y por qué se entregan regalos? ¿Eso qué tiene que ver con el nacimiento de Jesucristo?...”

Se puso otra vez boca arriba y se dijo: “El significado de la Navidad... Yo creo que el significado de la Navidad es la celebración de que Jesucristo vino al mundo para salvar a los hombres. Aunque eso, muchos lo hayan olvidado...”

Se dio la vuelta una vez más y pensó: “Y yo también. Yo también lo he olvidado...”

Y con este pensamiento, le fue viniendo el sueño.

Entonces le empezaron a venir más recuerdos:

“Era de noche. Ella y su hermano Adiv, junto a otros pastores estaban turnándose para cuidar los rebaños.

De repente Nizrit y los demás pastores vieron que un joven de bello rostro y amable apariencia se acercaba hasta ellos. Entonces una extraña luz iluminó el lugar, y a pesar de que era de noche, todos podían ver al extraño tan claramente como si fuera de día. Los pastores sintieron miedo ante aquel inexplicable fenómeno y el joven les dijo con una voz potente pero a la vez amorosa: “No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un salvador, que es el Mesías Señor, en la ciudad de David. Esto tendréis por señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.”

Entonces, junto a aquel joven, los pastores pudieron ver otros jóvenes y hermosas damas que alababan a Dios y decían: “¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!”

Nizrit y los demás pastores comprendieron que aquéllos eran ángeles de Dios y anunciaban una buena nueva.

Cuando los ángeles se volvieron al cielo, los pastores admirados, decidieron ir corriendo a Belén para ver lo que los ángeles les habían anunciado de parte de Dios.

Entonces encontraron un pesebre y en su interior estaban una mujer, un hombre y un precioso niño recién nacido.”

Mar se despertó atónita: ¡Ella había visto a Jesús recién nacido en una vida anterior!

Capítulo 7

Después de una noche en la que tardó en dormirse, Mar se despertó y su primer pensamiento fue el último recuerdo que había tenido.

La muchacha se levantó para ir a clase, pero no podía dejar de pensar que lo que acababa de descubrir era algo que jamás en la vida se le habría ocurrido.

Sin embargo, no podía contarle nada a nadie de su familia, porque estaba segura de que la iban a tachar de loca o simplemente se iban a reír de ella.

A caballo entre la frustración y la emoción de haber vivido algo así, no tenía ganas de desayunar y se tomó un simple café con leche y después se marchó a la facultad.

Cuando llegó, le pareció que veía las cosas de diferente forma: la facultad, sus amigas, las conversaciones de sus amigas...

Poco después vio a Alejandro y a Juan que llegaban.

Mar dudó por un momento si podría hablar con Juan de lo que le había pasado, pero enseguida desestimó la idea.

Sin embargo, cuando iba a entrar en clase, fue Juan quien se aproximó a ella y le dijo:

—Me han gustado tus dulces.

La muchacha lo miró, asombrada de que él se dirigiera a ella de forma tan espontánea.

Luego sonrió y le contestó:

—Me alegro mucho.

Entonces él emitió una leve sonrisa, pero no dijo nada más. En vista de lo cual, Mar entró en clase y se dijo: “¡Ha debido de hacer un esfuerzo enorme para decirme eso! ¡En fin, algo es algo!”

En una pausa de media mañana, la muchacha se fue a la cafetería con sus amigas, para tomarse algo. Pero la conversación de sus amigas le estaba pareciendo tan banal, que después de tomarse una tostada y un cacao, dijo que quería mirar algo en la biblioteca antes de la siguiente clase, y se marchó.

Iba andando por uno de los pasillos, cuando se encontró de frente con Alejandro.

Éste le sonrió y le dijo:

—¿Estás buscando a Juan?

Mar se sorprendió y contestó:

—No. ¿Qué te hace pensar que lo busco?

Alejandro se rio y respondió:

—Como ayer estuviste hablando con él...

—Pues no. No le estaba buscando. Ayer sólo quise decirle algo, pero aunque sea tu amigo, me parece que no le gusta mucho relacionarse con los demás...

Alejandro volvió a sonreír.

—¡Vaya! ¡Es una pena!— exclamó —¡Pensé que tú podrías... llegar a él!

—¿Llegar a él?— repitió Mar, extrañada —¿Qué quieres decir?

—Nada. Disculpa. Siento haberme metido donde no me llaman.

Pero Mar empezó a sentir una verdadera curiosidad y miró al joven con los ojos guiñados.

Alejandro se rio.

—¡Oye, no te enfades!— dijo.

—No me enfado,— contestó ella, sonriéndole —pero ¿puedo preguntarte algo?

—Adelante.

—¿Cómo es que siendo tan diferentes, sois tan amigos? ¿Y por qué él es tan serio y...?—

El joven se rio y le respondió:

—Si eso me lo hubiera preguntado otra persona, no le contestaría, pero siendo tú... no sé pero me da la sensación de que tú eres diferente. Ven, vamos al jardín.

La muchacha no comprendía muy bien, pero le siguió.

Al llegar al jardín, él le señaló un banco y se sentaron.

—Me preguntas por qué somos amigos siendo tan distintos. — dijo él —Pues bien, en realidad somos amigos desde que empezamos en el colegio, con seis años. Y en realidad, eso de que somos tan distintos... no siempre fue así.

—¿No?

—No. Cuando era pequeño era un niño alegre, juguetón e incluso bastante travieso.

—¡Vaya! ¡No me lo puedo imaginar así!— exclamó la joven —¿Y por qué cambió?

—Pues... verás, cuando tenía doce años, sus padres murieron en un accidente de coche.

—¡Oh! ¡Pobre!— exclamó Mar, sintiendo una gran compasión por su compañero.

—Entonces él tuvo que irse a vivir con sus tíos. Pero el problema es que, encima de que para él fue un trauma muy fuerte, su tía no le quería. De hecho se vio obligada a acogerle. Es una mujer egoísta que sólo quiere a sus hijos, pero a él le ha tenido siempre aparte. Siempre le ha tratado con desprecio y nunca ha tenido una palabra amable con él. Juan nunca habla de eso, ni se ha quejado jamás, pero yo lo he visto con mis propios ojos. Sin embargo, todo eso ha hecho que él se volviera así, como lo ves normalmente. Parece serio, antipático y orgulloso, pero en realidad él no es así.

Mar suspiró.

—Ahora comprendo su forma de ser. Lo que le pasa es que ha olvidado lo que se siente cuando se es querido.

Alejandro sonrió y le dijo:

—Quizás va siendo hora de que lo recuerde.

La joven lo miró extrañada, pero de repente pareció comprender lo que él le sugería.

—¡Oye! ¡Qué dices! ¡Yo no estoy interesada en él! ¡No te imagines cosas que no son!

Alejandro se sonrió y luego se levantó y dijo:

—Bueno, me voy a tomarme un café antes de que empiecen las clases.

—¡Espera!— dijo ella —Me gustaría que no le dijeras nada de nuestra conversación a Juan.

Él se rio y asintió con la cabeza, mientras respondía:

—¡Vale! ¡No te preocupes! ¡Por mí, nunca sabrá de esta conversación!

Y luego se marchó, dejando a la muchacha, impresionada por la triste historia que acababa de escuchar.

Capítulo 8

Al salir de la facultad para regresar a casa, Mar tenía claro que iba a coger la misma ruta que los dos días anteriores. Confiaba en que podría volver a encontrarse con Botan.

Pero al llegar al lugar donde lo había visto los otros días, él no estaba. Ella se quedó parada, como esperando a ver si venía. Pero el que apareció por allí era Juan.

La muchacha lo miró, y recordando la historia que le había contado Alejandro, sintió ganas de hablarle.

—Hola.— saludó ella.

Él se paró frente a ella y le contestó:

—Hola.

—Pensé que encontraría a Botan aquí, como ayer. —dijo Mar.

Él emitió su sutil sonrisa y contestó:

—¿Ya no crees que esté loco?

—Pues... no. —respondió ella —La verdad es que me están pasando unas cosas tan extrañas que ya no me atrevo a juzgar situaciones o personas.

Él asintió y le dijo:

—En realidad, yo nunca sé cuándo me lo voy a encontrar. Pero siempre aparece en el momento preciso.

Mar se quedó pensativa y luego le preguntó:

—¿De verdad tú también recuerdas tus vidas pasadas?

—Bueno, no todo. Sólo recuerdo algunas cosas.

—¿De verdad?— insistió ella.

—Sí.— dijo.

—¡Yo también!—confesó la joven

—Me lo estaba imaginando.

—Pero ¿no te parece increíble todo esto?

Él asintió con la cabeza.

—Yo no me he atrevido a contárselo a nadie de mi familia, — dijo ella —porque creo que pensarán que estoy loca, pero... la verdad es que me gustaría compartirlo con alguien.

—Lo comprendo. —respondió Juan.

Entonces la muchacha se envalentonó y le propuso:

—Si a ti te pasa lo mismo, si quieres podríamos hablar de ello.

—Está bien.— contestó él — ¿Quieres que nos encontremos esta tarde?

—Vale.— respondió ella, gratamente sorprendida. —¿Dónde podemos quedar y a qué hora?

—¿Te parece bien en la plaza central... a las siete?— propuso el joven.

—Sí. Me parece bien.

—Bueno, pues entonces nos vemos luego. Yo me voy por allí. —dijo él.

Los dos se despidieron.

Mar se fue a su casa muy contenta. Estaba contenta porque por fin iba a poder hablar sin miedo con alguien, acerca de su vida pasada. Pero también estaba contenta porque ese alguien era él.

La joven, caminaba y pensaba en Juan. Entonces tuvo que empezar a admitir que él nunca le había sido indiferente. Ciertamente le había criticado en sus pensamientos, pero en el fondo, ¿por qué había estado siempre pendiente de él? Si no estaba en su círculo de relaciones, ¿qué más le daba? Muchos otros compañeros y compañeras de clase, le eran completamente indiferentes. Pero él no. Nunca le fue indiferente. ¿Qué quería decir aquello? ¿Acaso él le gustaba a pesar de ser el antipático “señor huraño”?...

Por la tarde, los jóvenes se encontraron en la plaza central.

—¡Hola!— saludó ella, muy contenta.

—¡Hola!— saludó él, en un tono que translucía una sutil alegría.

—¡Muy bien, chicos!— exclamó alguien por detrás de ellos — ¡Habéis sido puntuales!

Los dos se dieron la vuelta y vieron que se trataba de Botan.

Mar se quedó sorprendida y Juan se sonrió.

—Bien, — dijo Botan —ahora, si os parece bien, vamos a ver una exposición.

La joven pensó: “¿Ahora quiere que veamos una exposición? ¡Pero bueno, a este hombre siempre se le ocurren unas cosas más raras!”

Botan le sonrió y le dijo:

—¡A ver si te suena algo de lo que vamos a ver!

La muchacha no sabía qué decir, y al final respondió:

—Bueno. Vamos a ver.

Cuando llegaron, los tres entraron a un edificio en el que entraba y salía gente. Atravesaron una gran entrada y luego un largo pasillo que rodeaba un gran patio cuadrado. Y por fin llegaron a una sala.

Entonces Mar pudo ver que la exposición, en realidad era un belén. Éste era muy completo, con muchísimos detalles, de manera que parecía real, pero en miniatura. En realidad era un belén muy logrado y muy bonito.

Los jóvenes empezaron a observarlo con detalle, y Mar no pudo evitar fijarse en los pastores que rodeaban el pesebre.

Pero la muchacha se quedó muy sorprendida cuando Botan le dijo:

—Tú eras como esta pastorcilla.

Mientras señalaba una figurita de una pastora que estaba junto a otra de un pastor.

La joven no supo qué contestar.

Mas Botan volvió a hablar, pero esta vez, dirigiéndose a Juan:

—Y tú eras como este joven alfarero.

Mar miró la figurita y vio que era un muchacho junto a un borriquito que portaba varias vasijas, pero tenía la particularidad de que uno de los Reyes Magos parecía estar hablándole, mientras el señalaba hacia el pesebre.

La joven miró asombrada a Juan y le preguntó:

—¿Es cierto, Juan? ¿Es verdad lo que ha dicho Botan?

Él la miró y asintió.

Mar estaba muy admirada de todas las cosas que estaban pasando.

Cuando por fin salieron, Botan les dijo:

—Bien. Ahora, ¿qué os parece si vamos a algún sitio tranquilo, tomáis algo caliente y hablamos un poco?

Los jóvenes asintieron.

—Conozco un lugar adecuado. — dijo Botan — ¡Venid!

Capítulo 9

Se trataba de una tetería.

Al entrar, un hombre salió a saludarlos:

—¡Assalamu alaikum!

—¡La paz esté contigo!— contestó Botan.

—¡Sed bienvenidos!— dijo el hombre.

—Gracias, Taymullah. — respondió Botan— ¿Puedes acomodarnos en un rincón tranquilo?

—Por supuesto. Acompañadme, por favor.

El hombre los llevó hasta un lugar apartado muy confortable, y allí se sentaron.

Luego pidieron té y algunos dulces.

—Bien, — dijo Botan – Creo que habéis reflexionado sobre el significado de la Navidad, ¿verdad?

Los dos jóvenes asintieron.

—¿Queréis compartir vuestras conclusiones?— preguntó Botan.

—Bueno, — empezó a decir Mar – La conclusión a la que yo he llegado es que a la mayoría de los seres humanos se les ha olvidado cuál es el origen de esta celebración. Se ha convertido en muchos casos en una fiesta de lujo, para los que pueden, claro. Y para otros, en una fiesta en la que lo más importante es que toda la familia esté junta. Y si falta alguien, parece que ya la celebración no es lo mismo. Además, se quiere inculcar por un lado la solidaridad, pero a mí me parece que aunque hay gente honesta y sincera que se preocupan por los más desfavorecidos, en muchos casos es como una hipocresía, o al menos un querer lavarse las manos, pues se da un poco de lo que se tiene, pero a cambio se desea obtener más cosas. Me refiero a la costumbre de que en Navidad la gente aprovecha para comprarse todo aquello que no se atreve a comprar durante el resto del año, justamente con la excusa de que es Navidad y hay que celebrar. Por ejemplo, no se escatima en comida de lujo para la cena de Nochebuena, o se compran aparatos que realmente no se necesitan, o juguetes caros que anuncian en televisión, o ropa de lujo para una sola noche, etc... Es el consumismo por el consumismo... Y ése no es el verdadero significado de la Navidad. El verdadero, yo creo que es la celebración de que Cristo nació para salvar al mundo, ¿no?

Botan sonrió.

—Tampoco pretendo— continuó Mar – escabullirme y pretender que yo no he actuado como he dicho que actúa la mayoría de la gente. Aunque sé que hay gente muy religiosa que sí le da importancia a esta celebración. Y luego, hay quien ni siquiera puede celebrarla como los demás, porque no tienen posibilidades económicas, sobre todo, ahora que esta crisis está afectando a tanta gente. Lo cual les hace sentirse más tristes. Pero en realidad, si se entristecen por ello, es porque también han olvidado qué es realmente lo que se celebra... Y luego está el caso de los ateos que no creen en Jesucristo, pero sí les gusta celebrar la fiesta. Ahí ya sí que no comprendo nada. Si no creen en él, ¿qué celebran? ¡No lo entiendo, de verdad!

Juan se sonrió.

—Bien, — contestó Botan —¿Y qué nos puedes decir tú, Juan?

—Pues yo... en realidad no he llegado a ninguna conclusión. Sólo me han surgido preguntas y más preguntas... Por ejemplo no entiendo por qué por el hecho de que Jesucristo naciera y muriera y resucitara, puede salvar al mundo. ¿De qué lo ha salvado? ¿Y sólo están salvados los que creen en él, o todo el mundo? ¿Y están por ello salvados todos los que después de él han hecho tanto daño a la humanidad?... Tampoco entiendo lo del pecado original. ¿Por qué por una desobediencia de un hombre y una mujer, el resto de sus descendientes tienen que estar condenados? Lo siento, Botan, pero me parece que no he sabido cumplir bien lo que nos pediste.—

—Todo lo contrario.— dijo Botan – Está muy bien. Todas esas inquietudes que os han surgido a Mar y a ti, son las que os van a empujar a aprender.

—Sí, — replicó Mar –lleva razón. Las preguntas que se hace Juan, yo no me las había planteado, pero ahora que nos las ha dicho, yo también me las cuestiono. Además, observo el mundo en el que vivimos actualmente, y me parece tan superfluo, y tantas cosas que no tienen sentido. Y hablo también por mí. Que yo misma me pregunto por qué hago algunas cosas... No sé cómo explicarme.

—Bueno, pues vamos a empezar con la primera lección.— dijo Botan.

Los dos jóvenes le miraron muy atentos.

—Lo primero que tenéis que comprender es que la humanidad está dormida.— continuó Botan –Y cuando digo dormida me refiero, no al cuerpo, sino a la conciencia. La humanidad tiene la conciencia dormida. El ser humano no es consciente ni de lo que hace, ni de lo que piensa, ni de lo que siente. Actúa de manera mecánica, como un autómatas. Si se le pincha, salta. Si se le adula, sonrío. Si se le dice compra esto para no ser un fracasado, lo compra. Si la moda es de tal forma, va a la moda. Se le puede meter miedo con respecto a la salud, a la economía, al qué dirán, a supuestos enemigos, etc... muy fácilmente. Algunos creen que están más despiertos y dicen que no son tan borregos como la mayoría, porque reflexionan sobre el estado de la sociedad. Hasta cierto punto, podría decirse que están un poco más espabilados, pero sólo se trata de un despertar social. Mas la conciencia siguen teniéndola dormida.

—¿Pero por qué la tenemos dormida? ¿Y cómo es que no nos damos cuenta?— preguntó Mar.

—No os dais cuenta, porque estais dormidos. El estado de vuestra conciencia es casi como la que tenéis durante el sueño. ¿A que cuando estáis dormidos en vuestra cama, casi nunca os dais cuenta de que estáis soñando?

Los dos jóvenes asintieron con la cabeza.

—Pues durante el día ocurre algo parecido, pero menos intenso. Y la conciencia está dormida porque el ego la mantiene dormida. El ego no es algo individual. El ego es un conjunto de vicios, defectos y errores que se han ido creando a lo largo de esta vida y de las anteriores. Es decir que el ego es muy viejo, muy antiguo. Se empezó a crear justamente con lo que en el cristianismo se conoce como pecado original, o la caída del Edén. Porque Adán y Eva no eran sólo dos personas, sino que representan simbólicamente todos los hombres y mujeres del planeta. Y una vez creado el ego, luego se ha ido robusteciendo cada vez más a través de las sucesivas vidas, a través de los siglos.

—Ahora entiendo algunas cosas. — dijo Juan.

—Yo creí que el ego era cuando uno se siente muy orgulloso. — dijo Mar.

—Eso es sólo uno de esos defectos, un “yo”. Cada uno de esos defectos, vicios y errores, se manifiestan en la máquina humana de manera que se cree el único. Por eso se tiene la sensación de que se es “uno”, se es “yo”. Pero cada uno de esos defectos, vicios y errores se personifican en “yoes” diferentes. En el interior, en la psiquis del ser humano existen miles de “yoes”. Yoes de orgullo, de ira, de miedo, de pereza, de codicia, de envidia, de soberbia, de autosuficiencia, de lujuria, de deseo, de glotonería... y muchos más. Cada uno de esos yoes, atrapan la conciencia y la mantienen dormida. Por eso uno no es consciente y no se puede decir que hace, sino que le sucede. Es como un trozo de madera en el mar, que las olas lo llevan de un lado a otro.

—¿Por eso la gente ha perdido la conciencia de lo que es la Navidad?— dijo Mar — ¿y por eso siempre hacemos lo mismo cuando llegan estas fiestas, o en cualquier otra época del año? ¿Es porque también actuamos de forma automática?

—Eso es. — contestó Botan.

—¿Y por eso se pueden manejar las masas tan fácilmente? — preguntó Juan.

—Así es. — respondió Botan

—Y los medios de comunicación son uno de los que más manejan a las gentes. — reflexionó el joven.

—Los medios de comunicación podrían ser útiles, si sirvieran para ayudar a la humanidad. —contestó Botan — Pero tal y como están hoy día, son sólo fuentes de hipnotismo colectivo.

— Pero entonces, — intervino Mar —¿qué podemos hacer?

—Lo único que se puede hacer para salir de ese estado inconsciente, es despertar conciencia. — respondió Botan.

Capítulo 10

—¿Cómo se despierta la conciencia? —preguntó Mar.

—Primeramente haciéndose consciente de que la conciencia está dormida. — contestó Botan.

—Pero si está dormida, ¿cómo se va a hacer consciente?— dijo Juan.

—Buena pregunta. — respondió Botan —En realidad, no toda la conciencia está atrapada. Existe un pequeño porcentaje de más o menos un tres por ciento de conciencia que aún continúa libre. Estoy hablando de personas que no son demasiado malvadas. Hay quien no tiene nada de conciencia libre y se podría decir que sus cuerpos son cascarones vacíos, casas vacías, sólo se mueven por el ego y nada más. Pero hay parte de la humanidad, aún, en las que la parte de conciencia que tienen libre, se manifiesta en ellas. Por ejemplo, el hecho de sentir una inquietud de tipo trascendental, demuestra que hay algo en el interior de la persona que anhela algo diferente. ¿Comprendéis?

Los jóvenes asintieron, y Botan siguió hablándoles:

—Os he dicho antes que el ser humano no es consciente ni de lo que hace, ni de lo que piensa, ni de lo que siente. Sin embargo, uno puede hacerse consciente de todos esos procesos haciendo un esfuerzo. Se trata de recordarse uno a sí mismo, y auto-observar sus propios pensamientos, emociones, movimientos, impulsos, y sensaciones. De manera que uno se hace consciente de esos procesos, dándose cuenta de que se producen sin que la voluntad medie. Y de esa forma viene a descubrir que en su psiquis no existe un yo, sino muchos. Ése es el primer paso indispensable para el despertar de la conciencia. El segundo paso es la eliminación de esos yoes, para poder liberar toda la conciencia que tienen atrapada. Pero eso os lo explicaré otro día.

Mar y Juan se quedaron reflexionando sobre lo que Botan acababa de explicarles.

—En fin, chicos. — dijo Botan, levantándose —Ahora os voy a dejar. Espero que sepáis sacar provecho de lo que os he explicado.

Los tres se despidieron y luego Botan se marchó, dejando a los jóvenes en un estado de admiración total.

—Creo que nunca dejará de sorprenderme. — confesó Juan.

—Sí. — asintió Mar, pensando en Botan.

Luego empezaron a hablar de lo que habían visto en la exposición del belén y ella le contó lo que había logrado recordar de aquella vida, cuando era una pastorcilla.

Después él hizo lo mismo: Al parecer, él era el hijo de un alfarero de la zona. Un día vieron que una estrella brillaba con mucha más intensidad de lo normal. Por entonces, él había escuchado a otros del pueblo, que unos pastores habían hablado de un niño recién nacido en un pesebre, y que unos ángeles se lo habían anunciado. Entonces, también quiso conocer a ese niño, y de hecho, pudo verlo. Poco después llegaron los magos preguntando por el niño y él les indicó dónde podían encontrarlo.

—¡Creo que esto es lo más maravilloso que me ha pasado nunca!— exclamó ella.

Juan contestó:

—A mí también. En realidad, en una sola semana, me ha cambiado la vida.

—Sí, a mí también. Bueno, ¡en menos de una semana!— dijo Mar.

—Yo no sé cómo era tu vida antes, – dijo el joven –pero hasta hace muy poco, yo era un ateo completamente escéptico de todo lo que tuviese que ver con la religión. Nunca me he burlado de ninguna religión, pero sí despreciaba todo lo que tuviera que ver con ello. Seguramente era debido a que me sentía enfadado con Dios, porque mi vida no ha sido un lecho de rosas, precisamente. Sin embargo, hace una semana, yo estaba dando vueltas sin rumbo, muy enfadado y frustrado por una escena que acaba de tener con mi tía. De repente, caminaba por el puente viejo, y vi a un hombre que estaba sentado en la baranda del puente, mirando hacia el río. Rápidamente deduje que pensaba arrojar al río. Así que sin pensarlo dos veces, corrí hacia él y sujetándole por la cintura le dije de manera instintiva: “¡No sea loco! ¡Seguro que sea lo que sea, pasará!”. Entonces él se volvió sonriendo tranquilamente y me contestó: “Tienes razón, Juan. Y los problemas que tienes con tu tía también pasarán”.

—¡No me digas que era Botan!— exclamó Mar, impresionada por el relato.

—Sí. Era él.

—¿Y se iba a suicidar?

—En realidad no. Estaba ahí para llamar mi atención.

Mar lo miró sorprendida y dijo:

—¿Pero cómo sabía que tú ibas a pasar por allí y que habías tenido esa escena con tu tía?

Juan la miró, pero no le respondió.

Entonces Mar comprendió y contestó:

—No, déjalo. No hace falta que digas nada. Definitivamente ese hombre no es un hombre normal.

Juan sonrió levemente.

—Pero, eso no fue todo. — dijo – Tú me has contado lo que recuerdas de aquella vida en tiempos de Jesús, y yo te he contado la mía. Pero también recuerdo algunas cosas de otra vida. De la anterior a la actual.

—¿De verdad?

—Sí. Después de que Botan me dijo eso, se dio la vuelta y se bajó de la baranda. Entonces me puso una mano sobre el hombro y me dijo: “¿Recuerdas esto?” Y entonces me vino el recuerdo muy claro de mi última vida. Yo había sido un mal hijo, había hecho sufrir mucho a mis padres con mi estilo de vida, y además los había despreciado en muchas ocasiones. Y cuando eran mayores y no se valían por sí, yo me desentendí completamente, y los dejé abandonados. Por eso, en esta vida, perdí a mis padres cuando era un niño. Y las personas que me adoptaron, que en realidad son de mi familia, me han tratado siempre con dureza. Cuando recordé aquel error que cometí en mi anterior existencia, comprendí el porqué de los sufrimientos de esta vida.

—¡Oh, vaya!— exclamó Mar, maravillada por el relato.

—Desde ese día, me lo he encontrado aquí o allá, cuando menos me lo espero, pero siempre aprendo algo. El día que nos vimos en la librería de los grandes almacenes, poco antes había visto a Botan. Yo le pregunté si había más gente entre nosotros que podía recordar sus vidas pasadas. Entonces me dijo que fuera a la librería de los grandes almacenes y que allí encontraría lo que buscaba. Yo, por supuesto, me dirigí allí, con Alejandro, y me puse a buscar los libros. Encontré el libro que luego me llevé y luego vi un libro de testimonios sobre personas que recordaban vidas anteriores. En ese momento creí que había encontrado lo que Botan me había

anunciado. Pero entonces apareciste tú y te quedaste mirando el libro muy fijamente. Yo me quedé extrañado, pero sin saber por qué, empecé a sospechar que Botan no me hablaba del libro, sino de ti. Y por eso te lo ofrecí, esperando a ver qué pasaba. Y bueno, creo que cada vez que me encontraba contigo, me iba convenciendo de que estaba en lo cierto. Yo buscaba alguien que recordase una vida pasada y efectivamente, Botan me condujo a ti.

Mar se quedó pensativa unos momentos y luego dijo:

—Realmente todo esto es muy extraño y mágico, diría yo. Pero me gustaría saber por qué. Por qué tú, y por qué yo.

—Sí. A mí también me gustaría saberlo. — replicó él.

Taymullah se acercó a ellos y les dijo que iban a cerrar. Mar miró el reloj y vio que ya eran las once.

—¡Madre mía! ¡Pero si ya son las once! ¡Qué rápido ha pasado el tiempo!

—Es cierto.— replicó Juan – Se ha pasado volando.

Los jóvenes se levantaron, Juan pagó y luego salieron de la tetería.

—¿Te acompaño a tu casa?— dijo él.

Mar sonrió y le contestó:

—Gracias. No te preocupes. Tengo un autobús que me para justo frente a mi casa.

—En ese caso, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y cada uno se fue por su camino.

Capítulo 11

Mientras Mar iba en el autobús que la llevaba a su casa, no dejaba de pensar en todas las cosas que habían ocurrido durante aquella tarde.

Se sentía contenta de su nueva amistad con Juan, y maravillada por todo lo que él le había contado de sus vidas anteriores, así como de la magia que se desprendía de aquél por el que la primera vez que lo vio, sintió compasión. Pero en realidad, Botan no era un mendigo, ni nadie que necesitase realmente ayuda, pues había demostrado con creces que era él quien estaba ayudando a los muchachos. El que lo viera pidiendo limosna en la calle, había sido una manera de llamarle la atención, al igual que a Juan lo atrajo haciéndole creer que se iba a tirar por el puente.

Luego estuvo reflexionando sobre lo que les había dicho del despertar de la conciencia y se puso a observar a los demás pasajeros. Había pocos, quizás por la hora, pero todos estaban con la mirada perdida, metidos en sus propios pensamientos. Cada vez que el autobús paraba, casi todos miraban a quien subía al vehículo, y luego, volvían a meterse en sus pensamientos.

“Botan lleva razón.”, se dijo. “Vamos todos metidos como en un sueño, pero con los ojos abiertos.”

Entonces ella comenzó en ese mismo instante a tratar de hacerse consciente de sí misma y de vigilar sus pensamientos, o cualquier otra reacción interior que surgiera en ella.

Pero el autobús llegó a su parada y ella se bajó. Se dirigió a su casa, cogió el ascensor, y cuando ya estaba llegando a su planta, se dio cuenta de que, desde el momento en el que el autobús se había parado, ella había perdido el recuerdo de sí misma y se había vuelto a dormir de conciencia. Caminando y subiendo el ascensor, de forma completamente mecánica, como una autómatas.

“¡Bueno!, ¡es que es la primera vez!”, se dijo, sin desanimarse. E intentó volver a coger el mismo estado de conciencia, recordándose a sí misma y estando atenta a pensamientos, sentimientos, movimientos e impulsos.

No fue fácil, no, mantenerse así, pero no por ello dejó de intentarlo cada vez que se daba cuenta.

Así llegó la hora de acostarse.

En su cama, también se puso a hacer la misma técnica y poco a poco se fue durmiendo.

Y poco a poco le fueron viniendo más recuerdos lejanos:

“Nizrit estaba siendo ayudada por su madre, su hermana y su abuela a vestirse con el traje de boda. Ya había preparado su rostro y su cabello el cual estaba bellamente adornado. Luego se puso las joyas familiares, que eran ciertamente hermosas, a pesar de las condiciones humildes de su padre.

Nizrit se sentía feliz. Hacía ya un año que se había llevado a cabo el desposorio. Fue cuando ella conoció a Itamar, y desde el principio le gustó mucho como esposo.

Ya se encontraban allí algunos invitados. Todos esperaban al novio. Varias veces lo anunciaron, hasta que por fin llegó Itamar, acompañado de sus amigos.

El novio fue recibido por los invitados. Y también Nizrit lo recibió con gran contento en su corazón. Después toda la comitiva se dirigió en alegre procesión hacia la casa del padre del novio, donde realizarían el casamiento y la celebración."

Mar se espabiló y los recuerdos acabaron ahí.

La joven se sentía sorprendida y a la vez feliz, al darse cuenta de que Itamar era el mismo Juan.

Y así, con esa dicha, se fue durmiendo poco a poco.

Al día siguiente, en la facultad, cuando Mar vio a Juan, le sonrió. Y éste también le devolvió la sonrisa. Además de una manera que hasta ahora Mar nunca le había visto.

—Hola.— dijo él, mirándola fijamente.

—Hola.— respondió ella, recordándolo cuando era Itamar.

La muchacha pensó: "¡Si él supiera que nosotros hemos estado casados!".

—¿Todo bien?— le preguntó el joven.

—Sí. Muy bien. — contestó ella.

Luego se fueron a clase.

En la pausa de mediodía Mar salió de clase con sus amigas para ir a la cafetería, pero al pasar por la entrada de la facultad vio a Juan hablando con Botan. Éste la miró y le hizo un gesto, como para que se acercase.

Así que ella les dijo a sus amigas,

—Id delante. Nos encontramos allí. Es que he olvidado algo.

—¡Últimamente estás muy despistada!— replicó Azucena.

—Sí, es verdad.— contestó Mar, por no explicar nada.

—¡Bueno, venga!— dijo Azucena —¡Date prisa! ¡Que tengo que contaros una cosa!

—Vale.— respondió Mar, haciendo ademán de volverse hacia atrás.

Esperó un poco y luego se acercó a Botan y a Juan.

Entonces Botan llevó a los jóvenes hacia una clase vacía, y allí se sentaron, para hablar.

—Bien, ya habéis empezado a experimentar lo que es el recuerdo de sí mismo.

—dijo Botan – Y como la primera lección parece que ya la habéis aprendido, vamos a ir con la segunda lección. ¿Os parece?

Los jóvenes asintieron contentos.

—Habéis de saber, —dijo Botan —que nuestra conciencia es una chispa divina, porque forma parte de Dios. Por eso se puede decir que Dios está dentro de nosotros. Pero como la mayor parte de la conciencia está atrapada por el Ego, esa conexión con El Padre, está muy debilitada. A medida que uno va liberando la conciencia, la conexión se va restableciendo, de manera que cuando la conciencia está completamente libre y despierta, se fusiona con Él, y entonces se podría decir que su Dios interno puede manifestarse completamente a través de uno.

Mar y Juan le escuchaban atentamente.

—No podemos pensar en un Dios masculino. Sería absurdo. Nuestro Dios interno, tiene su aspecto masculino: nuestro Padre, pero también su aspecto femenino: nuestra Madre. En otras religiones eso ya se sabe. En la que vosotros conocéis, está simbolizada por la Virgen. Mientras exista un mínimo de conciencia, y un mínimo de

conexión con nuestro Dios interno, podemos apelar, tanto a nuestro Padre interno, como a nuestra Madre Interna.

Botan hizo una pausa y los jóvenes esperaron pacientemente.

—Una vez que habéis descubierto un “yo” a través de la técnica que os expliqué ayer de autoobservación de pensamientos, emociones, actos, impulsos, etc., sólo debéis concentraros en vuestro interior y de manera instantánea, pediréis a vuestra Madre Divina que elimine ese “yo”. Y tened plena confianza en que Ella lo hará. Pues nuestro Dios-Madre tiene todo el poder para hacerlo. Por supuesto, veréis que hay defectos que son muy fuertes y antiguos sobre los cuales necesitaréis insistir, pero poco a poco veréis como van perdiendo fuerza, hasta que por fin un día, hayan desaparecido. También hay otros defectos que no son muy fuertes y con pocos trabajos de este tipo, se disolverán fácilmente. Y así, poco a poco, a medida que los diferentes “yoes” se van disolviendo, la conciencia se va liberando, y entonces va viniendo poco a poco el despertar.

—Pero esto será un trabajo muy largo y difícil, ¿no?— dijo Juan.

—No te voy a negar que no es fácil. Por eso, una vez que uno se ha decidido, es necesario dedicarse por completo a este trabajo interior, y utilizar la vida como un gimnasio psicológico que nos ayuda a auto-descubrirnos. Pues en la relación con los demás afloran muchos de estos defectos. Y en esos momentos es cuando uno no debe olvidarse de sí mismo, y apelar a esa fuerza divina femenina que hay en su interior, que es su Divina Madre, y pedirle que elimine ese “yo psicológico” que ha descubierto.

Los dos jóvenes se quedaron reflexionando.

Capítulo 12

Entonces Mar dijo:

—Botan, el otro día nos decías que reflexionáramos sobre cuál era el significado de la Navidad. Estuvimos hablando de nuestras conclusiones, y también hemos logrado recordar, tanto Juan como yo, que nosotros fuimos testigos del nacimiento de Jesús. Pero tú has empezado a hablarnos de la conciencia y de la necesidad de despertar y de acabar con los defectos psicológicos. Yo estoy de acuerdo, y este trabajo psicológico me interesa. Pero ahora me pregunto, ¿cuál es el verdadero significado de la Navidad? Porque si, como nos has dicho, es necesario que liberemos nuestra conciencia para volver a conectarnos completamente con nuestro Dios interno, y ese trabajo lo tiene que hacer cada uno, ¿para qué vino Jesucristo al mundo? ¿Y quién es Jesucristo en realidad?

—Ahora estás empezando a reflexionar más profundamente sobre el significado de la Navidad. — respondió Botan —Bien, es necesario que sepáis más aspectos sobre este trabajo de tipo interior, sin embargo, os diré, que el Cristo no es una persona en sí. Es una fuerza cósmica, que forma parte de la Divinidad. Cuando se trabaja sobre sí mismo con la eliminación de los defectos psicológicos, y con otros dos aspectos de los que todavía no os he hablado, y se llega a un punto muy elevado en el que la conciencia, aún no está completamente despierta, pero sí un gran porcentaje de ella, entonces uno conecta con esa Fuerza Crística y se dice que el Cristo interno ha nacido en uno. Ésa es la verdadera Navidad. Cuando el Cristo nace en el corazón del hombre, o de la mujer. Jesucristo es un Maestro con la conciencia completamente despierta. Él es uno con el Padre. Y Él vino al mundo para representar en carne propia, pero de forma simbólica, el trabajo que es necesario hacer para poder llegar hasta el Padre. Todo lo que él vivió no es otra cosa que un Drama cósmico, que todo el que quiera llegar a su Padre interno tiene que vivirlo, pero interiormente. Para empezar, él nació en un establo con animales. Eso significa que cuando el Cristo interno nace en uno, aún quedan animales en el interior de uno. Esos animales son los “yoes”. Y fijaos también que él nace de una virgen. Esa virgen es la representación de la Madre Divina particular de cada uno. También la adoración de los reyes tiene su significado, pero para explicároslo, es necesario que sepáis los otros aspectos de los que aún no os he hablado.

Los jóvenes lo miraron asombrados, sin saber qué decir.

—El gran Maestro Jesús vino al mundo, – dijo Botan – para mostrarnos el camino de retorno al Padre. Lo que ocurre es que no todo el mundo tiene esa inquietud que le hace buscar ese camino, y entonces, como en toda religión, hay una parte externa que se enseña de forma pública, y otra interna que sólo llegan a conocerla los que de verdad buscan y hacen el esfuerzo de obtenerla. Y por otro lado, sabemos que el tiempo, y algunos individuos que trabajan para el lado contrario, han hecho que las escrituras que hoy día se conocen, estén muy adulteradas, y que otras se hayan ocultado al mundo.

—Botan, — dijo Juan – pero, ¿qué me dices de las otras religiones?

—Pues es igual. Por ahí hay alguien que dice que todas las religiones son como perlas de oro engarzadas en el hilo de oro de la divinidad. Ciertamente es así. Y todas

tienen su parte externa y su parte interna. El problema está, una vez más, en el “ego” y el estado de sueño en el que está sumergida la humanidad, de manera que poco a poco se van olvidando las verdaderas enseñanzas de los Maestros. Maestros como Buda, Moisés, Hermes Trismegisto, Mahoma, Krisna, etc. Y al final sólo quedan rituales, muchos sin sentido, y otros con tal grado de degeneración que su único fin es sacar dinero, festejar, emborracharse y en definitiva, dormir más la conciencia.

—Sí, es cierto. — dijo Mar —Yo sé que en algunas ciudades hay un festejo en el que se fabrica una cruz de flores y luego junto a ella ponen un bar, con la música muy fuerte, para que la gente consuma alcohol. Y como mucha gente no es muy limpia, aquello se pone de vasos de plástico tirados por la calle, que verdaderamente da vergüenza. Y todo, bajo el signo de la cruz.

Botan asintió.

—Pues tal y como nos dices, — intervino Juan —entonces el sentido de la Navidad se ha perdido por completo. No se tiene ni idea.

—Sí.— añadió Mar – Muchos creen que se trata de solidaridad. Bueno, eso no está mal, pero tampoco es. Pero para muchos otros, son fiestas a celebrar en familia a lo grande. Se cantan villancicos, se dice: “Feliz Navidad”, se brinda con champán, se come turrón y mantecados, y luego se dan los regalos de “papá Noel”. ¡Es todo tan absurdo! Ya me lo parecía antes, pero ahora que nos has explicado esto, me lo parece aún más.

—La verdadera Navidad es la del corazón. La verdadera Navidad es cuando el Cristo nace en el corazón del hombre o de la mujer. — repitió Botan.

—Botan, ¿cuándo nos vas a enseñar los otros dos aspectos?— preguntó Mar.

Él sonrió y contestó:

—Me parece que por hoy es suficiente. Ya tenéis material de trabajo para empezar.

La joven hizo un gesto de decepción.

—Tiene razón, Mar, — dijo Juan, poniendo su mano sobre la de ella – es mejor poco a poco. Y no debemos ser impacientes.

Mar miró a Juan sorprendida y éste quitó la mano rápidamente.

Botan sonrió y les dijo:

—Bueno, os voy a dejar por un tiempo. Ya nos veremos más adelante.

Los dos jóvenes le miraron extrañados y él sonrió.

—¿Y cuándo será eso?— preguntó Mar.

—Cuando menos lo esperéis.— contestó Botan – Y ahora, os deseo que tengáis un principio de la Verdadera Navidad del Corazón, y os acerquéis más a vuestro Dios Interno.

—Gracias, Botan. — contestaron los dos.

Él se marchó, y los jóvenes se quedaron mirándole mientras se alejaba.

Luego Mar suspiró y dijo:

—No dejo de asombrarme de todo esto que estamos aprendiendo.

Juan asintió.

—¡En fin!— exclamó Mar – creo que será mejor que volvamos a clase.

—Sí.— respondió el joven.

Capítulo 13

Durante la clase, Mar empezó a pensar que si ya no volvían a ver a Botan durante un tiempo, ya no tendría excusa para verse con Juan y eso empezó a martillearle, hasta el punto de sentir una cierta tristeza que iba en aumento.

Sin embargo, en algún momento, se acordó de sí misma y auto-observó los pensamientos negativos y los sentimientos que se movían en ella. Entonces dijo mentalmente: “¡Madre Divina, elimina este yo!”. Y en ese momento se sintió liberada.

“¡Vaya!”, se dijo asombrada, “¡esto es súper-efectivo!”.

Decidida a continuar en esa línea de acción interior, continuó el resto de la mañana.

Al salir de la facultad, Juan se acercó a ella y le dijo:

—He estado practicando la técnica que Botan nos ha explicado para la eliminación del ego. Y me he dado cuenta de que es súper-efectiva.

Mar se rio.

Él la miró extrañado y le preguntó:

—¿No me crees?

—Sí, claro que te creo. Es sólo que eso mismo he pensado yo. Que era súper-efectiva.

Juan sonrió, mirándola embelesado.

En ese momento llegaron las amigas de Mar, y se quedaron observándolos.

—¡Así que es eso!— exclamó Azucena.

Mar se olió que su amiga estaba a punto de hacer una escena.

—¡Por eso no has venido a la cafetería!— medio gritó Azucena.

—Pues yo... — empezó a decir Mar.

—¡Mira rica! ¡Si te has echado novio, a nosotras nos da igual! ¡Pero al menos podías habérmelo dicho!

Mar miró a sus otras amigas y luego contestó:

—Juan no es mi novio. Sólo somos amigos.

—¡Ya, claro! ¿Cómo no?— exclamó Azucena, con rabia —¡Y por eso os coméis con los ojos!

Mar se sintió avergonzada y sólo acertó a contestar:

—Eso no es cierto.

—¡Anda que no!— replicó Azucena.

—Bueno, Azucena, déjalos. Tampoco hace falta que te pongas así. — dijo Vanesa.

En ese momento, también se acercó Alejandro:

—¿Qué pasa?— inquirió, mirando a las chicas y a su amigo, alternativamente.

—¿Tú sabías que había algo entre tu amigo y Mar?— le preguntó Azucena, en un tono fuerte.

Alejandro miró a su amigo, que estaba muy serio, y luego le dijo a Vanesa:

—Vanesa, ¿puedo hablar un momento contigo?

Ésta, que no se lo esperaba, se quedó bloqueada y cuando estaba a punto de contestar, Azucena le dijo al joven:

—¡Oye! ¿Te estás haciendo el sordo?

—¿Qué dices? —dijo Alejandro, poniendo una mano detrás de una oreja para poder oír mejor.

—¡Que gracioso!— dijo Azucena, cada vez más enfadada.

—¿Puedo hablar contigo, Vanesa?— se volvió a dirigir el joven a la muchacha. Ella, por fin asintió con la cabeza y él le cogió una mano y se la llevó aparte para hablarle.

Azucena y Rebeca los miraron asombradas.

Mientras, Juan se acercó a Mar y le dijo al oído:

—Yo me marchó.

Mar asintió, comprendiendo que debía estar incómodo, e incluso, posiblemente enfadado.

Pero él volvió a acercarse y le susurró:

—¿Te vienes o te quedas?

Entonces ella, sorprendida, le sonrió y le respondió:

—Me voy.

Y los dos se marcharon ante las miradas de Azucena y de Rebeca.

—Siento mucho que hayas tenido que soportar una escena como ésta. — dijo Mar, mientras caminaban.

—No te preocupes. — replicó él —Ya te he dicho que es súper-efectiva.

Mar comprendió que se refería a la técnica de eliminación del ego y sonrió.

Juan la miró pensativo y luego le dijo:

—Anoche volví a tener otro recuerdo de aquella vida en los tiempos de Jesús.

Mar le miró expectante, y él la contemplo unos momentos y luego le preguntó:

—¿Tú te llamabas Nizrit?

La muchacha sintió un vuelco en el corazón, al sospechar que él había recordado lo mismo que ella.

—Sí.— respondió.

Él se quedó callado.

—¿Y tú te llamabas Itamar?— le preguntó ella.

Entonces una sonrisa se dibujó en el rostro del joven, al mismo tiempo que se le iluminaba la cara.

—Sí.— contestó.

Mar sonrió tímidamente. Y él le preguntó:

—¿Entonces, tú también me recuerdas?

—Sí. — respondió ella, sonriendo.

Él suspiró claramente contento.

—Recuerdo el día de nuestra boda. — dijo ella.

—Yo también recuerdo aquellos momentos. — confesó él.

Mar se sintió feliz. Pero él se quedó pensativo y luego dijo:

—Supongo que sabes cómo se celebraban las bodas entonces. Eran otros tiempos y otra cultura. Por ello, creo que es mejor que no le demos más importancia. Hoy la gente se casa por otros motivos y de otra manera. Así que no sientas que estás comprometida conmigo, porque no lo estás.

La joven se quedó callada. Ella se sintió decepcionada por lo que Juan le acababa de decir, porque en su corazón, ya sabía que le quería, pero no se atrevió a decírselo,

pues pensó que él no estaba enamorado de ella, y no podía atarlo. Así que simplemente asintió con un gesto de cabeza.

Él la observó y se quedó pensativo de nuevo. Luego quiso aclarar:

—Lo que quiero decir es que aunque en aquella vida estuvimos casados, en ésta no tenemos por qué estar juntos, sólo por el hecho de haberlo estado entonces. Somos libres de elegir a la persona que queramos, ¿no estás de acuerdo?

—Sí, claro. Por supuesto. Ninguno de los dos está obligado. — dijo ella.

—Lo cual no impide que seamos amigos. — replicó Juan.

La joven le miró y asintió sonriendo, y él también sonrió complacido, y luego le dijo:

—¿Y cuándo me vas a traer más dulces de éstos que tú sabes hacer?

Ella volvió a reírse.

—¿Entonces te gustaron, de verdad?— exclamó.

—¡Claro que sí! ¡Nunca comí algo tan exquisito!— dijo Juan.

La joven se rio de nuevo.

—Estoy pensando que si eres tan buena cocinera... — empezó a decir él — quizás después de todo sea una buena idea casarme contigo.

Esta vez Mar no se rio, sólo sonrió tímidamente.

—¡No temas, Mar!— exclamó él, riéndose —Sólo era una broma.

—No, si no temo por eso. — contestó ella, dejando escapar, a medias, sus sentimientos.

Luego fueron charlando animadamente sobre todas las cosas que habían tratado con Botan.

Mar se daba cuenta de que Juan había cambiado radicalmente. Al menos con ella. Y eso le suponía una inmensa alegría.

Él la acompañó hasta su casa y después de continuar la conversación un rato más, Juan le dijo:

—Mañana es el último día de clase.

—Sí.— respondió ella —Y pasado mañana es ya Nochebuena.

—Y el domingo, Navidad.

La joven sonrió.

Juan se quedó pensativo, como debatiéndose mentalmente, hasta que por fin le propuso a ella:

—Mar, ¿crees que... podríamos vernos durante las vacaciones? Lo digo, pues... para compartir impresiones... y es posible también que tengamos más recuerdos... En fin, si te apetece un día, si no... —

—¡Claro que me apetece!— contestó ella, rápidamente, y muy contenta.

—¿De verdad?— dijo él, mirándola a los ojos, mientras los suyos brillaban de dicha.

—Sí. Me apetece mucho.

—Está bien. — contestó él, muy contento —Bueno, pues mañana, ya nos vemos y quedamos.

—¡Vale!— respondió ella.

Él se marchó y ella se metió en el portal de su casa, muy contenta.

FELIZ NAVIDAD

Y efectivamente, Juan y Mar, pasaron la Navidad de una manera completamente diferente a la de otros años.

Trabajando sobre sí mismos, con las técnicas de recuerdo de sí mismo, de auto-observación, y de eliminación de los defectos, empezaron a hacerse poco a poco más conscientes de lo que eran ellos realmente.

Juan había cambiado mucho, y aunque con otros compañeros seguía siendo algo reservado, con Mar estaba reconquistando su forma de ser de cuando era niño.

Sin embargo, a base de Trabajo psicológico, él fue comprendiendo que toda aquella amargura que le había dominado durante muchos años, era el resultado de diferentes yoes. Poco a poco los fue trabajando y poco a poco, se fue liberando.

Finalmente, los dos jóvenes se vieron todos los días de las vacaciones. No tuvieron más recuerdos durante esos días, pero aun así, siempre tenían cosas de las que hablar.

Y de esa manera, se hicieron grandes amigos...

CONTINUARÁ...

Más obras de la autora en: <http://www.elenasantiago.info>

Para quienes quieran profundizar:

http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm



Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by—nc—nd):

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

<http://creativecommons.org/licenses/by—nc—nd/3.0/deed.es>